

—Ajem! adivinó algo de funesto al ver aquella cristiana que, si no había conquistado sus simpatías, había llamado no poco su atención.

«¡Marchemos, señor, marchemos!» exclamó el docto musulmán, temiendo que aquella hermosa muger alcanzase algún prestigio en el corazón del jóven predestinado á quien ella miraba con demasiada curiosidad.

El jóven permanecía fijo como la estatua de la admiración, contemplando á la muger de la galería;

«Mira, señor, añadió Ajem, cuyos ojos revelaban su impaciencia: la noche proyecta ya sus sombras; huyamos de aquí, no sea que tu presencia en estos lugares infunda sospechas en el alma de algún cristiano»

—¡Oh! ¡qué hermosa es! murmuró el jóven apartando sus ojos de la galería en donde permanecía aun la muger que tan honda impresion había causado en su alma.

—Ajem, dijo despues el jóven poniendo el pié en el estribo para seguir á su Mentor que le esperaba montado ya; supongo que esa cristiana será hija de los condes de Montblanc.

—Lo ignoro; contestó el anciano frunciendo las cejas.

—Es hermosa como una hurfina.

—Tambien he oido decir que era hermosa aquella Juana Borja de quien se apasionó tu abuelo cuando vino, como tú vienes ahora, á conquistar este reino.

—Algunos traidores le delataron; ¡infamia! Yo vengaré su sangre.

—Es necesario, exclamó el imperturbable Ajem, que te vengues en la sangre de todo el pueblo musulmán, puesto que todo él conspiró á su muerte abandonándole. Era un gran guerrero, y el amor de aquella maldita cristiana enervó su corazón y preparó su ruina.

Al llegar aquí, la voz del anciano musulmán se había alterado. El jóven se estremeció al oír las funestas palabras de Ajem, y deseando no hablar mas de aquella horrible historia, exclamó poniendo su caballo al trote: «Marchemos, Ajem; marchemos»

Ajem le siguió silencioso y meditabundo.

Los señores de Montblanc descendían de un don Diego de Meneses, intrépido capitán que al frente de doscientas lanzas había seguido á Jaime el Conquistador cuando desevainando este rey su espada avanzó hácia la hermosa ciudad en cuyos jardines se adichó de pasó había entrado el Cid ciento treinta y cinco años antes que S. M. Aragónesa lo

**CAPÍTULO V.**

*Genealogía de una dama.*  
 Hé aquí como vino á formar parte de la primera nobleza valenciana D. Diego de Meneses. Más tarde, deseando perpetuar su apellido en este reino como un recuerdo de la gran conquista, se casó con cierta dama aragonesa, de la cual tuvo dos hijos, D. Ramón y D. Gimén. Estos dos jóvenes recibieron el último suspiro de su anciano padre cuando se disponían á se-

La joven que hemos visto en la galería se llamaba Isabel de Meneses. Hacia doscientos años que sus ascendientes se honraban con el título de condes de Montblanc, cuyo título poseía entonces su hermano D. Juan, único resto de toda su familia. Los condes de Montblanc descendían en línea recta de un don Diego de Meneses, intrépido capitán que al frente de doscientas lanzas había seguido á Jaime el Conquistador cuando desevainando este rey su espada avanzó hácia la hermosa ciudad en cuyos jardines se adichó de pasó había entrado el Cid ciento treinta y cinco años antes que S. M. Aragónesa lo Generoso el monarca conquistador con los capitanes que le habían ayudado en su árdua empresa, repartióles las tierras y lugares de los vencidos, y el capitan Meneses debió á su valor y á la justicia del nuevo señor de Valencia algunas fanegas mas de tierra y la hermosa alquería de la cual nos hemos ocupado en el capítulo anterior. Nadie llevó á mal el que Meneses viniése á ocupar aquella mansión de reyes, porque todos recordaban el día en que se había apoderado de ella despues de una obstinada resistencia que le hicieron los moros que la defendían. Además, fué honrado con la merced de conde de Montblanc. Hé aquí como vino á formar parte de la primera nobleza valenciana D. Diego de Meneses. Más tarde, deseando perpetuar su apellido en este reino como un recuerdo de la gran conquista, se casó con cierta dama aragonesa, de la cual tuvo dos hijos, D. Ramón y D. Gimén. Estos dos jóvenes recibieron el último suspiro de su anciano padre cuando se disponían á se-

guir á Pedro I en su conquista de Montesa. Mas tarde, los dos hermanos pelearon denodadamente en la jornada de Túnez al lado de Conrado Lanza. Distinguiéronse tambien los Meneses en la conquista de Sicilia, y tiñeron sus espadas con sangre enemiga en las aguas del Mediterráneo á las órdenes del célebre Roger de Lauria. Larga fuera nuestra tarea si hubiéramos de referir al lector todos los hechos gloriosos en que tomaron parte los ascendientes de Isabel; baste decir que las armas valencianas no habian recibido gloria alguna sin que en ella tuvieran una buena parte los Meneses.

En las guerras de Italia, el conde de Montblanc, padre de Isabel, habia militado al lado del Gran Capitan, despues de haber sido de los primeros en acudir al cerco de Granada. La Providencia sin embárgo no quiso prolongar la existencia de aquel experimentado guerrero. Sus enemigos le dispusieron una emboscada, y el que no habia podido ser vencido en ancho campo á la luz del sol, fué asesinado de noche en una encrucijada. Antes de espirar llamó á uno de sus oficiales, y le encargó el cuidado de sus tiernos hijos, Juan é Isabel. Ulloa, que tal era el nombre del oficial, tranquilizó al moribundo, prometiéndole venir á España á encargarse del cuidado y educacion de sus hijos.

Apenas llegó á Valencia el honrado Ulloa, y su esposa, se ocuparon de la administracion de la poderosa casa de Montblanc; y temiendo que sus pupilos adquiriesen costumbres algo profanas, los apartó del mundo. Isabel fué á educarse en el convento de monjas de la Puridad, donde tenia una tia; y en cuanto á D. Juan, le rodeó de frailes que le enseñaron el latín antes que el castellano, y que le hablaron mas de la vida de los santos que de las campañas de César. Esto no impidió que se dedicase al estudio de la historia, y que cultivase el arte de la esgrima. Al verle con la espada en la mano, decían los frailes encogiéndose de hombros: «Profano es el entretenimiento, pero harto necesario para un caballero.»

Siguiendo asi nuestro D. Juan habia llegado á la edad de veinte años; y deseoso de secundar las huellas de su padre, par-

tió para Valladolid, en donde se hallaba á la sazón Carlos I de España. Una carta de recomendacion que el virey habia puesto en sus manos, le abrió las puertas del palacio que habitaba el futuro César, el cual le recibió con notable agrado. Al regresar á su posada supo el conde de Montblanc que Padilla y los suyos habian dado el grito de libertad. El jóven conde fué el primero en acudir á ponerse á las órdenes del rey Carlos. Reinaba en palacio una verdadera confusión: el heredero de los Meneses miró impásible el miedo de los cortesanos, y el rey se complació en verle allí. «El rey os mira con buenos ojos y hareis fortuna, le dijo Chevres.» El conde, preciso es confesarlo, sintió hervir en su cerebro mil pensamientos á cual mas halagüenos.

Desde aquel dia se contó con él en la corte de Carlos I, y él fué uno de los que, á favor de la oscuridad, protejieron la huida del rey. Detrás de ellos quedaba una ciudad amotinada, un pueblo suspirando por su libertad amenazada. Don Juan de Meneses no pensó en esto. Los dulces reflejos del astro á quien seguia no le permitian ver claro cuanto le rodeaba; sin embargo, á medida que iban caminando notaba cosa bien estraña para él, que eran muy pocos los españoles que acompañaban al rey. El acento de todos ellos indicaba su estrañera procedencia, y esto le puso triste y meditabundo. «Vive Dios! se decía el descendiente de los Meneses, que esto no marcha como habia creido. He abandonado mi casa para defendér mi patria; y si mi juicio no me engaña, contribuyo á subyugarla.» Entre tanto llegaron á Compostela.

El rey Carlos I abrió las deseadas córtes. La historia refiere los secretos manejos que se pusieron en juego para ganár el voto de los leales diputados. El conde de Montblanc vió como se agitaban aquellos estrañeros que seguian al déspota austriaco para torcer la voluntad de los leales españoles; por fin llegó un dia en que vió disolver aquellas célebres córtes, y mandar á los débiles diputados á sus ciudades para que allí espiasen su condescendencia con la corte. Supo luego que se trataba de confiar el gobierno de España á los alemanes favoritos del

monarca; y el noble Meneses, á fuer de español, y respetando su ilustre ascendencia, se presentó en el alojamiento de Chevres, y con acento indignado le manifestó su resolución de abandonar el servicio del rey Carlos I. «Señor, le dijo, soy español y no puedo permitir ver mi patria administrada por gente advenediza. Soy amante de las libertades de mi país, y no quiero contribuir á hacerle esclavo.»

—Está bien, está bien, contestó friamente Chevres volviendo la espalda.

Aquella misma noche el conde de Montblanc fué preso y conducido á la Coruña, en cuyo castillo debía ser encerrado. Entonces se convenció de que habia servido á un déspota.

Cuando llegó esta funesta nueva á oídos de su familia, produjo en sus individuos efectos bien diferentes. Isabel lloró y se desesperó pensando que ya no vería á su hermano. Doña Gertrudis, esposa de Ulloa, tuvo con este acontecimiento pretexto para mandar decir una misa con objeto de que Dios tocase el corazón del monarca, y acordase la libertad del preso. Don José de Ulloa estuvo indeciso tres días: no sabía si aplaudir la conducta de su pupilo ó si condenarla. Al cuarto salió de casa como hombre que toma una resolución, y dijo al primero que encontró, que su pupilo el conde de Montblanc habia sido un héroe; que España caminaba á su ruina; que los extranjeros la empobrecerian, y que el despotismo del monarca austriaco la reduciria á la nulidad.

Cuatro años después el conde de Montblanc fué puesto en libertad, merced á las reiteradas súplicas del señor virey de Valencia; pero ya no volvió á recobrar el favor soberano.

Mucho habia dado que hablar la prision del conde: este asunto fué por mucho tiempo la conversacion favorita de los valencianos, como lo fué tambien su libertad.

El carácter del conde se vició completamente en los calabozos de la Coruña; y el anciano Ulloa y su hermana Isabel le vieron volver á su casa taciturno y sombrío.

Isabel habia abandonado el silencio del claustro para verse rodeada de un silencio más funesto en la casa donde se habia

prometido disfrutar al lado de sus amigas y de sus parientes de todas las ilusiones que se habia formado en la celda.

Veinte y seis años tenia á la sazón el conde de Montblanc, y ya parecía hastiado de todo. Pasaba los dias encerrado en su alquería, adonde habia llevado á su hermana y al anciano Ulloa; y si alguna visita imprudente avanzaba hácia aquella mansion, un criado era el encargado perpétuo de decir á todos: «el conde no recibe.»

Blanca entre tanto veia pasar los dias tristemente; mas como no tenia motivos para dudar de todo como su hermano, procuraba olvidar su monótona vida pasada para recrearse en el porvenir. Habia llegado á los veinte años, y su alma apasionada y meridional habia sentido la necesidad de amar. A su edad lo maravilloso tiene un invencible atractivo; por eso la vista del jóven musulman le habia impresionado hasta un punto que le hacia ruborizarse.

Aquel rubor indicaba que el jóven musulman habia conquistado el alma de la noble Isabel de Meneses.

De vez en cuando sus ojos se cruzaban con los de Blanca, y ella se acordaba de aquel momento en que él habia entrado en la casa de su tío, y ella se acordaba de aquel momento en que él habia entrado en la casa de su tío.

El conde no se acordaba de aquel momento en que él habia entrado en la casa de su tío, y ella se acordaba de aquel momento en que él habia entrado en la casa de su tío.

Blanca se acordaba de aquel momento en que él habia entrado en la casa de su tío, y ella se acordaba de aquel momento en que él habia entrado en la casa de su tío.

El conde se acordaba de aquel momento en que él habia entrado en la casa de su tío, y ella se acordaba de aquel momento en que él habia entrado en la casa de su tío.

Blanca se acordaba de aquel momento en que él habia entrado en la casa de su tío, y ella se acordaba de aquel momento en que él habia entrado en la casa de su tío.

## CAPÍTULO VI.

**Una dueña como muchas.**

Veinte y cuatro horas habían trascurrido desde que Isabel de Meneses había visto al joven musulmán; que tan honda impresión había causado en su alma.

Era la hora en que la naturaleza se dispone para dormir el sueño regenerador de la noche. El sol no alumbraba el pintoresco panorama que se extendía alrededor de la alquería de Montblanc; y por todas partes el silencio mas profundo reemplazaba al bullicio del día. El pintado pajarillo había suspendido sus trinos para buscar su nido, y el pobre labrador morisco, cansado de trabajar, entraba en su barraca; donde se prometía pasar algunas horas dulcemente al lado de sus tiernos hijos y de su querida esposa.

Isabel permanecía sentada en la galería, y parecía complacerse en contemplar las vagas y poéticas sombras con que se iba cubriendo el paisaje.

De vez en cuando sus ojos grandes y azules, como el cielo que la cubria, se fijaban en el punto donde hacia veinte y cuarenta horas habia visto al musulmán, que la Providencia misteriosamente habia conducido ante aquella mansión, escondida en el campo, para turbar la paz de su alma.

Largo rato hacia que Isabel se hallaba en la galería, cuando apareció en ella, saliendo por la misma puerta por donde habia salido la joven, que era la que comunicaba con su aposento, una muger vestida de negro y de abultadas formas. Esta señora se llamaba doña Antonia, y aunque era de noble cuna, malas lenguas se habian atrevido á decir en Valencia que la cándida joven no estaria tan bien guardada por ella como por su antecesora doña Gertrudis, la esposa del buen Ulloa.

La opinion pública no andaba equivocada cuando suponía lo que acabamos de decir, y el lector se convencerá de ello al ver de qué manera procuraba halagar la pasión de su señora, hablándola del musulmán de la tarde anterior.

«¿No ha venido aun? preguntó con aire desenvuelto, que formaba raro contraste con el papel que representaba en casa de los Meneses.

—No sé de quien hablais, respondió la candorosa jóven.

—Vamos, no me ocultéis vuestro amor.

—¡Mi amor!

—Sí, vos le amais.

—¡Yo!

—Sí.

—¿Pero á quién? estais incomprendible, doña Antonia!

—Lo mismo hacia yo cuando tenia vuestros años, dijo la dueña arrojando un suspiro en falsete.

—Eso es suponer..... murmuró Isabel.

—Es juzgar á los demás por una misma.

—Ningun motivo hay para creer que yo pueda estar enamorada. Además, sabéis que la tristeza y el mal humor que dominan á mi hermano, ha alejado de nuestra casa á todos los que pudieran aspirar á mi mano, y que por consiguiente nunca hubo menos motivo para creer lo que vos suponeis.

—Veo, dijo la dueña, que no queréis hacermé depositaria de vuestros secretos.

—¡Doña Antonia!....

—Soy bastante vieja para conocer las cosas: no volveré á recordaros ese asunto.

—Pero creed.....

—No, no: cada cual quede con su derecho. Vos estais en el vuestro negando, y yo en el mio creyendo lo que debo creer.

—Me admira vuestra obstinacion.

—Y á mí vuestra reserva.

—¡Con que persistís!

—En que le amais.



—¿Pero quién es él? —  
 —El jóven que ayer se acercó á aquella verja para ver mejor esta casa.

Isabel se conmovió ligeramente, y como la dueña se había sentado á su lado, notó aquella conmoción.

—Os habéis estremecido al oír hablar de él.

—Yo no..... es que..... murmuró la jóven.

—Comprendo: eso significa que el amor ya haciendo rápidos progresos en vuestro corazón.

—¡El amor! ¡Oh! no pronuncieis esa palabra.

—¿Hay otra por ventura que suene más agradablemente en el oído de una jóven?

—Sí; pero cuando en vez de anunciar felicidades, augura hondas desgracias, produce un efecto menos agradable del que vos suponéis.

—¡Desgracias! No las veo.

—¿Sabeis una cosa?

—¿Qué?

—Entre los dos hay un abismo.

—Un abismo es una distancia inmensa, y de aquí á la verja del jardín apenas hay cien pasos.

—No me comprendéis, doña Antonia.

—Explicaos, pues, dijo la dueña.

—¿Sabeis que no es cristiano?

—Vaya, como que ví el rico turbante que cubria su cabeza.

—Pertenece á otra religion que la mia.

—El amor todo lo allana.

—Es verdad, pero la diversidad de creencias.

—Eso se arregla fácilmente.

—¿Cómo?

—Sacrificando las suyas el que mas ame.

—¡Oh! es horrible, exclamó Isabel á la idea de abandonar su religion. ¡Jamás seré yo la que abandone la religion en que he nacido y vivido! añadió la jóven, cuyo rostro brilló radiante de fé.

—En ese caso tendremos un nuevo cristiano, un morisco mas.

—; Morisco! Isabel de Meneses dar su mano á un convertido! murmuró la orgullosa dama, cuyos pensamientos parecieron tomar otro rumbo.

—El no es un hombre vulgar.

—; Le habeis hablado? preguntó Isabel, olvidando nuevamente su orgullo.

—La dueña se sonrió.

—Isabel adivinó lo demás, y preguntó con ansiedad.

—; Pero dónde le habeis vuelto á ver?

—No muy lejos del sitio donde vos le visteis ayer.

—; Dios mio! murmuró la jóven alarmada por las consecuencias que aquellos sucesos podian tener, y mas que todo por la celeridad con que hacia las cosas la buena de doña Antonia.

—; Parece persona distinguida, añadió la dueña, pasando por alto la conmocion de la jóven: en los pocos momentos que hablé con él, comprendí que, aunque de contraria religion, era digno de vuestra mano.

—; No os dijo de dónde era?

—De Fez.

—Debisteis preguntarle á qué habia venido á este reino en estos momentos, en que se dice que van á publicar decretos terribles contra los de su religion.

—El deseo de ver nuestro pais parece que le hizo abandonar el suyo.

—; Y piensa volver á Fez?

—Tal dice que era su intencion; pero que despues de habernos visto seria muy posible que la alterase.

—; Con que se esplicó claramente?

—Dijo que os amaba con toda la fuerza de su corazon, y que si vos no le correspondiais, pondria fin á sus dias.

—; Qué horror!

—Yo creo que vos no querreis cargar con la responsabilidad de haber dado pié con vuestro desden á un crimen de tal naturaleza.

—¡Oh! no permita Dios que por mi culpa atente nadie contra su existencia.

—Yo por mi parte he procurado tranquilizarle.

—¿Qué le habeis dicho?

—Nada; y sin decirle nada se ha ido muy contento.

—No os comprendo, dijo la jóven, que á la verdad no adivinaba qué podia haberle dicho doña Antonia sin comprometerla á ella.

—Le he dicho que no amábais á nadie, que hacíais una vida retirada, y que anoche, luego que se habia marchado, nos ocupamos de él largo rato. Ya veis que todo esto nada significa, y á nada obliga: lo demás, ya os lo direis vosotros cuando os veais, porque al fin habrá necesidad de una entrevista.

—Una cita! exclamó la jóven estremeciéndose.

—No, no, dijo la dueña, que tenia la particular habilidad, y no era poco, de hablar de todo, hasta de las cosas mas delicadas, con una superficialidad y una ligereza tan notables, que hacia dudar á su señora si en efecto habia ó no motivo para no aceptar la entrevista en cuestion. No será precisamente una cita, porque vos no le habeis citado; será una entrevista provocada por mí.

—¡Oh! yo no puedo permitir eso!

—¿Por qué?

—Porque mi deber me lo impide; y porque además pudiera saberlo mi hermano, y ya sabeis su carácter.

—¿Y qué va á ser del pobre jóven cuando yo le diga que no consentis el que os hable?

—No sé.

—Se desesperará, y en su desesperacion será capaz de hacer lo que ha dicho.

—¡Dios mio! exclamó Isabel temblando segunda vez ante la idea de que su amante pudiera poner fin á sus dias.

—Vamos, vamos; es preciso resolverse pronto, dijo la dueña apoderándose de una de las manos de Isabel, y agítandola ligeramente, como si quisiera sacarla de su inaccion.

—No puedo..... mi deber me lo impide..... Si un dia se

liciese cristiano, tendria valor para decirle á mi hermano, que le amaba. —Pues bien, para hacerle que se decida á entrar en nuestra religion es conveniente que le veais, que le habéis al corazón. Él os ama demasiado, y no vacilará en hacerlo que le digais; pero para todo esto es necesaria, precisa é indispensable la entrevista de que os he hablado.

—Y habeis meditado en qué lugar podremos hablar sin ser vistos? preguntó Isabel abandonándose á las seducciones de su dueña.

—Oh! todo está arreglado: esta noche, cuando D. Juan se haya recogido, bajaremos al jardin, y él acudirá á las doce; podeis hablar hasta la una. ¡Una hora! tiempo bien corto para dos enamorados; pero me he acordado de que estais delicada y que la humedad de la noche podia haceros daño. No vayais á creer tampoco que al hablaros de esta entrevista he olvidado que sois hija del muy egregio conde de Montblanc. Sé muy bien la consideracion que os merecéis por vuestro rango, y la entrevista se verificará en mi presencia.

La voz del conde, que se dejó oír en una de las habitaciones cuyas puertas se abrian sobre la espaciosa galería, hizo temblar á Isabel sobre su asiento, y obligó á que la dueña se levantase del que habia ocupado hasta entonces.

—Es mi hermano! exclamó Isabel conmovida.

—Aquí se acerca, dijo la dueña.

—¿Conocerá mi turbación, añadió Isabel?

Don Juan se presentó en la galería. Los débiles rayos de la luna iluminaron su semblante, añadiéndole el último rasgo de melancolía de que era susceptible. Vestia gaban de terciopelo y calzon de seda listado de blanco y morado. En su modo de andar y en sus menores movimientos se notaba ese abandono fatal con que se distinguen, entre muchas, las personas cuya existencia se halla minada por el tédio.

—¿Qué haceis á estas horas en la galería? dijo el conde con tono acre, acercándose hácia las dos mugeres.

Isabel se estremeció al oír la voz de su hermano: mucho

tiempo hacia que no la había hablado tan duramente; pues el conde, preciso es decirlo, á pesar de los graves motivos que tenia para creerse desgraciado, se esforzaba cuanto podia en tratar dulcemente á su hermana, conociendo sin duda la exquisita sensibilidad de su sistema nervioso. No sucedió lo mismo con doña Antonia; luego que hubo pasado el primer momento, recobró su serenidad, y queriendo hacer sin duda alarde de ella y de sus grandes recursos en circunstancias azarosas y en situaciones difíciles, exclamó: «Llegais en buena hora si quereis oir el fin de la vida del santo cuyo nombre llevais. Doña Isabel me ha rogado que le contase la gloriosa vida de San Juan Nepomuceno, y ya estaba casi á mitad cuándo habeis venido á interrumpirnos. Seguid, seguid. Yo pasearé entre tanto, dijo el conde á quien parecia no desagradar la ocupacion de su hermana y de la dueña. — ¿Quereis que vuelva á comenzarla? preguntó esta. — El conde, que parecia haber caido de repente en su habitual estado de indiferencia y de melancolía, contestó, friamente: Bien!»

La dueña, que sin duda sabia perfectamente la vida del santo, dijo así: «En el reino de Bohemia, (en un pequeño pueblo), cuyo nombre no recuerdo, nació allá por los años 1350 Juan Nepomuceno. Desde muy niño dió muestras de su gran talento, y á la edad de diez y ocho años fué á la universidad de Praga, donde concluyó sus estudios, y donde comenzó á esparcirse la fama de su santidad y sabiduría. Cundió ésta por toda Alemania, y todos los claustros á porfia quisieron ofrecerle sus primeras cátedras; pero el arzobispo de dicha ciudad, mas feliz que todos, logró unirle á su iglesia ordenándole de sacerdote, y dándole al mismo tiempo la facultad de predicar y reconciliar á los pecadores. Desde el primer dia que cantó misa, comenzó á gustar al pueblo la manera como le explicaba aquellas verdades eternas de que Dios le habia hecho intérprete.

Poco tiempo necesitó Juan para ser conocido por el oráculo de la comarca, y no se pasaba día sin que personas de todas clases fuesen á consultarle sobre sus conciencias; hasta que por fin Wenceslao mandó que le martirizasen porque no quiso revelar la confesion de la reina. Sucedió esto en el año 1383, y atado de pies y manos fué inhumanamente arrojado al río Moldavia por los verdugos de Wenceslao.

—Admiró vuestra memoria, dijo el conde cuando vió que doña Antonia hubo dado fin á la historia del santo:—

—Hubo un tiempo en que supe las vidas de todos; pero hace algunos años que mi memoria comienza á flaquear, y ya no recuerdo más que las de unos doscientos entre santos mártires y confesores.

—Muy grato me sería que continuáseis ocupándoos en tan cristianos asuntos.

—¡Ah! señor conde, preciso será que vuestra hermana tenga un poco de paciencia conmigo; pues no la hablaré como otras dueñas, de tocados y de amores:—

—No me prometia otra cosa de vos, doña Antonia, y bien reveláis en la manera de espesaros que sois hermana del señor guardian de capuchinos; ¡oh! es una felicidad para Isabel, y un descanso para mí haber tenido la suerte de encontraros á vos.

—No es menor mi satisfaccion al verme entre personas tan respetables y tan afectuosas, y sería mi dicha completa si Dios, á quien se lo pido de continuo en mis oraciones, os devolviese la alegría que brilló en algun tiempo en vuestro semblante, y el contento que reinó en vuestro abatido corazon.»

El rostro del conde pareció contraerse ligeramente por el disgusto.

«Os agradezco vuestros buenos deseos; pero sabed que no es fácil recobrar lo que una vez se ha perdido.

—Isabel sería feliz si os viera alegre.»

En aquel momento la jóven, que habia permanecido muda y silenciosa, recogida sobre sí misma, oyendo, no poco admirada, á la muger en cuyas manos acababa de entregarse, se puso á llorar.

Al pronto quiso ahogar su lloro, pero los gemidos se escaparon de su pecho: y conmovido su hermano, y admirada doña Antonia, se acercaron á la noble huérfana.

«¡Isabel! ¡hermana mia! dijo el conde.—Ya lo veis, llora por vos, por vuestra melancolía. ¿No es verdad, señorita mia? ¿No es verdad que seríais feliz si le vierais alegre?»

—Sí..... sí..... murmuró la joven, que no sabia que decir.

—Pues bien, procuraré olvidarlo todo para darte gusto; pero por Dios no llores, querida Isabel, no aumentes mis penas haciéndome creer que tú tambien eres desgraciada.»

La jóven, que casi habia recobrado su calma, volvió de nuevo á conmoverse al oír aquellas palabras, y nuevos sollozos vinieron á revelar al hermano que tampoco su hermana era feliz.

La dueña adivinó que todo aquello podia contrariar sus planes, y se afanó en decir:

«Vamos, esto son niñerías; retiraos, D. Juan!»

—No, no, dijo Isabel apoderándose convulsivamente del brazo de su hermano; quiero ir adonde tú vayas, quiero estar siempre á tu lado, porque no tengo en el mundo á nadie mas que á tí, y no quiero apartarme de tí.

—Pues bien, hermana mia, no te separarás de tu hermano.»

Esto diciendo, los descendientes de Montblanc, apoyado el uno en el brazo del otro, abandonaron la galería sin cuidarse de la dueña, la cual exclamó cuando se vió sola:

«Mi gozo cayó en un pozo.»

Cuatro horas despues, el silencio mas profundo reinaba en la alquería de Montblanc. Los relojes de la ciudad y el de la vecina villa del Grao acababan de dar las doce. La brisa agitaba con lijero ruido la espesa arboleda, y el mar á lo lejos dejaba oír sus lastimeros suspiros, cuando se abrió misteriosamente una puertecita que daba al jardin contiguo á la alquería.

Una muger se deslizó por un anden como una sombra.

Al finalizarse aquel anden se encontraba una verja, y detrás

de ella vió la muger á un hombre que la estaba esperando hacia rato, y que al verla preguntó :

—¿Venis sola?

—Sí.

—¿Qué es de Isabel?

—Ha temido.

—¿Y creéis que temerá mañana también?

—No sé.

—¿Pero ama?

—Tanto como vos.

Se oyó ruido de monedas al pasar de una mano á otra con

—¿Mañana volveré á la misma hora?

—Creo que sereis mas feliz que esta noche.

—¡Hasta mañana!

—Hasta mañana.

—¿A las doce?

—A las doce.



JUNTA DE ANDALUCÍA

Consejo de Cultura  
Monumental de la Alhambra y Generalife



... el camino de Aljiros, inmediato al sitio donde hoy se estiende el paseo llamado de la Alameda, en las inmediaciones de Valencia. El camino era estrecho en la parte donde se habian detenido: y habían hecho esto sin duda para dejar pasar á un caballero que, montado en un arrogante corcel, avanzaba hácia ellos. Los moros venían de la ciudad, y el caballero en cuestion se encaminaba á ella.

## CAPITULO VII.

### Un grito dado á tiempo.

Eran las diez de la mañana del siguiente dia, cuando algunos moros se detuvieron en el camino de Aljiros, inmediato al sitio donde hoy se estiende el paseo llamado de la Alameda, en las inmediaciones de Valencia. El camino era estrecho en la parte donde se habian detenido: y habían hecho esto sin duda para dejar pasar á un caballero que, montado en un arrogante corcel, avanzaba hácia ellos. Los moros venían de la ciudad, y el caballero en cuestion se encaminaba á ella.

Era costumbre, en aquellos tiempos de opresion y de intolerancia, el que los musulmanes saludasen humildemente á los nobles cristianos donde quiera que los encontrasen; y el no hacerlo así era considerado como una falta de respeto, que se castigaba sobre la marcha con algun mandoble.

Los moros que acababan de detenerse, para abrir paso al caballero cristiano, indicaban por su actitud y por su aspecto que no se hallaban muy dispuestos á hacer actos de servilismo ante su señoría, cualquiera que fuera el rango á que perteneciera.

El caballero, por su parte, luego que descubrió el grupo, y luego que vió el traje musulman que vestian, comprendió que aquella gente pertenecía á los mas rebeldes de entre ellos, es decir, á los que fieles á su religion preferian vestir su traje tradicional al que les habian marcado las cédulas de los Reyes Católicos.

No obstante esto, el cristiano avanzó hácia el grupo, y dando á su pálido semblante todo el aire de altanería de que era susceptible, exclamó cuando estuvo al lado de ellos.

«Esperais ¡vive Dios! ¿qué os salude yo?» Los moros, cuyo número ascendía á seis, se miraron unos á otros.

«Bajad esas frentes, canalla vil; añadió el caballero, si no quereis ver agujereado vuestro pellejo.»

—Nos ha llamado canalla, dijo uno de los moros, cuyos ojos se inyectaron de sangre.

—Es preciso que la canalla ácabé con ellos, dijo otro, joven de veinte años, robusto y dispuesto á ser el primero en cumplir lo que acababa de decir.

El caballero cristiano, sobre cuyo jubon de terciopelo brillaba la roja cruz de Montesa, picó espuela á su caballo, torció la rienda, y apartándose del camino dió tan fuerte embestida, que uno de ellos rodó por el suelo, viéndose pisoteado por el fogoso animal. Los demás se miraron con espresion de asombro é indignacion; y abandonaron al que acababa de caer.

Entre tanto el caballero, moviéndose orgullósamente sobre su noble corcel que caracoleaba agitando sus crines llenó de orgullo tambien, exclamó torciendo á un lado su cabeza con aire arrogante.

«¡Moros del infierno, perros infieles! ¿os atreveis á dar gritos de venganza cuando pasa á vuestro lado el noble conde de Montblanc, caballero de Montesa, y descendiente de los que asaltaron esas murallas que teneis delante?»

Los moros volvieron á mirarse como preguntándose si debian sufrir tanto ultraje. Advirtiéndolo el descendiente de los Meneses, llevó la mano á la empuñadura de su espada, y en esta posicion añadió:

«Por la sangre de mis antepasados, que no sé cómo no os corto la lengua á todos, uno á uno; agradecedlo, dijo despues apartando la mano de la brillante empuñadura, á que no quiero manchar mis guantes con sangre tan vil como la vuestra.»

Reinó un profundo silencio: el que habia caido á los pies del caballo se habia levantado ya, y su semblante, lo mismo que los de sus compañeros, espresaba la rabia que le dominaba. Harto sabian todos que el caballero de Montesa hubiera

podido cumplir lo que acababa de decir sin dar de ello cuenta á nadie. El matar á un moro en aquellas circunstancias, en que el Papa, el Emperador y la opinion se habian declarado unánimes contra ellos, era una cosa tan insignificante, que la justicia no se cuidaba de buscar al asesino para vengar á la víctima. El conde de Montblanc acababa de decir la verdad cuando habia dicho que por no ensuciar sus guantes, que por cierto eran de rica gamuza, no habia acabado con ellos.

Ya se disponia el conde á seguir su camino é iba á quedar la cosa en este estado, cuando le pareció ver que el semblante de uno de los moros, que hasta entonces habia aparecido como mero espectador, se contraia horriblemente bajo los impulsos de una desesperacion mal comprimida. Habia en su mirada torva, y en su entrecejo sombrío, todo el ódio de la raza á que pertenecía.

El conde, adivinando algo de funesto en la actitud que iba tomando este hombre, volvió á buscar la empuñadura de su espada.

El moro llevó también la mano á la cintura, y buscó entre los pliegues de su faja tunecina el mango de un viejo *yatagan*: en seguida, y casi al mismo tiempo que su mano habia tocado el arma, miró rápidamente á sus compañeros para ver si los encontraba dispuestos á ayudarle en la atrevida empresa de derribar al conde del caballo y acabar con él; pero no encontrando en ninguno de los que le rodeaban valor suficiente para tan arriesgado lance, dejó el arma entre los pliegues de la faja, y se retiró á un lado, refunfuñando como el que siente ver escaparse el pan con que habia creído saciar su hambre.

El audaz musulman se conformó como los demás, y parecía ya dispuesto á bajar la cerviz ante el noble cristiano y á olvidar sus ultrajes, del mismo modo que lo habian hecho los otros; pero el conde, que habia presenciado lo que acababa de hacer, no se contentó con esto, y juzgando oportuno aplicar un correctivo al intento del moro, desenvainó su espada, cuya hoja brilló á los rayos del sol; y sacudióle un mandoble con toda la fuerza de su brazo.

Al mismo tiempo, el muy egregio conde pronunció estas solemnes palabras, que sonaron confundidas con los ayes del pobre musulmán.

«¡Toma, perrol! ¡sufre mis ultrajes y ten paciencia!»  
 Un sordo rumor circuló entre los moros: el que acababa de recibir el golpe habia caído en tierra aturdido; y mientras dos se acercaban á él para levantarle, el mas jóven de todos; que ya antes habia manifestado deseos de lanzarse sobre el conde, se plantó de un salto junto al caballo, y colgándose á la cintura del ginete, dió con él en el suelo.

La embestida no pudo ser más rápida; mas dura, ni mas imprudente.

Ya estaba el noble conde de Montblanc en tierra; y aun permanecian indecisos, sin saber que hacer, los cuatro moros restantes, mientras el jóven sujetándole con la rodilla gritaba:  
 «¡Venid, venid todos á tener el gusto de dar una puñalada á este insolente cristiano! ¿No os decia yo que era un fanfarron?»  
 —Sí, sí, acudid asesinos; no temais ¡ira de Dios! que el combate es bien desigual.»

El conde de Montblanc seguia hundido bajo los atléticos brazos del jóven musulmán, y los moros restantes, lejos de acercarse á acabar con el vencido, se miraban como si temiesen todos cargar con la grave responsabilidad de haber contribuido á un crimen de tal naturaleza. En este estado uno de ellos, el que poco antes habia sido herido por el caballero cristiano, sacó el *yatagan*, que habia brillado ya en su mano en otra ocasion, y mirando á sus compañeros, exclamó:

«Acabemos con él; sea ésta la señal de guerra.»

Bastaba ver el semblante y la actitud del que así se expresaba, para convencerse de que la vida del conde estaba en inminente peligro. El conde seguia luchando con el jóven audaz que le habia derribado del caballo, y la lucha prometia ser muy larga, pues el conde no podia valerse de su espada, y el contrario no contaba con mas arma que sus robustos brazos. Sin embargo de esto, y á pesar de la señal de ataque que habia pronunciado el que acababa de ir bien armado en ayuda del

jóven; los moros restantes no se movían de su sitio; tal era el respeto que á su pesar les inspiraba aquel noble caballero.

Preciso era salir de aquella situación en que todos se habían colocado; era preciso declararse vencidos ó vencedores. Esta idea había hecho salir á todos de su apatía, y echándose como aves de rapiña sobre el pobre conde, se disponían á hundir los puñales y cuchillos en su noble pecho, cuando quiso la casualidad que se apareciese allí, en el lugar de la escena; un hombre como lanzado por la Providencia para prolongar la vida del cristiano.

Jóven era el recién llegado, y nadie se advirtió de su venida, sin embargo de que venía montado, hasta que le tuvieron al lado.

«¡Atrás los asesinos! gritó el desconocido, que como ellos vestía trage completo de musulmán, pero cuya riqueza revelaba que pertenecía á una clase más elevada que la de aquellos que acababan de temblar á su voz.»

Los moros se estremecieron al oír el grito del desconocido, que sonó en sus oídos como la voz acusadora de sus conciencias. El mismo jóven que sujetara al conde se apartó dejando su presa, y el que primero había desenvainado el *yatagan* se apartó también haciendo una profunda reverencia ante el recién llegado.

El conde, libre ya de sus adversarios, se levantó como pudo, puso en orden sus vestidos, y fijando sus ojos en el desconocido, después de haber arrojado una mirada de desprecio á los que poco antes habían querido asesinarle, exclamó:

«Bien venido seas, musulmán: no sé quien eres, pero comprendo que tienes alma más noble que esta gente que nos rodea. Si algún día necesitas apoyo, diríjete á mí, que soy el conde de Montblanc, y sabré devolverte el favor que acabas de otorgarme, librándome de las manos de estos asesinos.»

—Gracias, señor conde, contestó el desconocido; no soy hombre que acostumbro pedir favores de ninguna especie á los que son enemigos de mi raza; pero no por eso olvidaré que el conde de Montblanc me debe su vida.»

No sonaron muy bien estas palabras en los oídos del noble valenciano: el rostro desdeñoso y altanero del que acababa de pronunciarlas, y su aire de orgullosa protección, le disgustaron no poco. Sin embargo, comprendiendo que no era prudente ni decoroso mostrarse desagradecido con el que acababa de otorgarle el mas grande beneficio que podemos prestarnos en esta vida, bajó la cabeza y se dirigió al punto donde estaba su caballo.

Los moros le vieron montar en él sin atreverse á desplegar sus labios. La mirada del desconocido pesaba sobre ellos; y les impedía moverse; tal era su influencia magnética.

«Queda con Dios, musulman, dijo el conde poniendo su caballo en el camino para seguir su marcha. No olvides mi ofrecimiento; los tiempos son calamitosos para vosotros, y si hoy os creéis seguros, tal vez no está lejos el dia en que no podáis estarlo en este reino. Para cuando llegue ese caso, acuérdate del conde de Montblanc; en su casa encontrarás un asilo.

—Está bien, cristiano, contestó el jóven musulman; no olvidaré tu generosa oferta. Alá quiera que nunca tenga necesidad de pisar tu casa; pero si la desgracia me hiciese ir á ella, franca y confiadamente llamaria á tus puertas.

Oido esto por el cristiano, picó espuela á su caballo, y desapareció bien pronto entre la espesa arboleda que se estendia por ambos lados del camino de Aljiros; internándose por la huerta.

Los moros vieron partir al conde, y ninguno de ellos se atrevió á desplegar sus labios. Cuando el desconocido le hubo perdido de vista, se volvió á sus correligionarios, y con tono incomodado, exclamó:

«Es así cómo los buenos musulmanes creen hacer bien á su causa?

—Nos ha llamado canalla, dijo el jóven, sin atreverse á levantar los ojos.

—A mí me ha dado un fuerte mandoble, dijo el que habia rodado por el suelo.

—Nos ha llenado de ultrajes; nos ha llamado perros, añadió un tercero.

—¿Y eso os sorprende, cuando hace trescientos años que no se os trata de otra manera?

—Sí, es verdad, exclamó uno de los moros; pero ahora es otra cosa. Hasta aquí ha sufrido uno sus ultrajes, porque al fin nos dejaban cultivar nuestros campos, usar nuestros trages y entrar en nuestras mezquitas; pero de hoy en adelante hay que renunciar á todo. El emperador ha desoido nuestras súplicas; y segun se dice, muy pronto se nos leerá una cédula en la que se nos conceda á los moros de este reino un mes para que elijamos entre la conversion ó el destierro.

—Sí, pero esa cédula no ha llegado. La guerra no ha comenzado aun entre las dos razas, y vosotros habeis querido precipitar los acontecimientos, asaltando en un camino, á la luz del dia, á uno de los mas ilustres personajes del reino.

—Bien nos repugnaba hacerlo, pero no nos ha sido posible sufrir sus insultos.

—¿Creeis, dijo el desconocido, que yo puedo contemplar tranquilamente el aire de insolente altanería con que nos miran esos nobles cristianos? ¡Oh! ¡por Alá! que si hubiera de dejarme llevar de los impulsos de mi corazon y de mi odio, mas de una vez me habria lanzado sobre muchos de ellos; pero comprendo que no es este el camino para llegar á nuestro objeto. Es preciso contener nuestros instintos de venganza, y esperar el momento oportuno en que todos unidos, obedeciendo á gefes experimentados y á la sombra de nuestras banderas, nos podamos presentar como un ejército temible, y no como una horda dispuesta á dispersarse al oír el disparo de un arcabuz.

—¡Bien! ¡bien! exclamaron los moros mirándose con expresion de asombro, y electrizados con las patrióticas palabras del desconocido.

—No es ocasion de satisfacer antiguas rencillas ni venganzas particulares, añadió el jóven que tanto ascendiente habia alcanzado entre los moros que le oian. No se trata ya, ni es oportuno, el castigar á este ó aquel noble insolente que nos ha mirado de esta ó de la otra manera, sino de arrojar de éste delicioso pais al extranjero que nos oprime en nuestra misma pa-

tria, y de arrancar de una vez la mano de hierro que pesa sobre nuestras bocas y sobre nuestras mismas conciencias. Nada ha habido sagrado para esa raza usurpadora é intolerante: ayer se apoderaron de nuestras propiedades, y hoy en su afán de dominar y esclavizar quieren disponer de nuestras creencias... ¡Oh! ¡pronto, muy pronto, sentirán los efectos de su bárbara dominación!

—¿Cuándo, cuando será ese día? preguntaron los moros, todos á un mismo tiempo, como si un secreto presentimiento les dijese que el que con tanto fuego acababa de dirigirles la palabra podía hacer estallar la revolución, en la cual habian jurado tomar parte como buenos patriotas y como buenos creyentes.

—Me haceis una pregunta á la que no puedo contestar: sin embargo, puedo deciros que muchos agentes revolucionarios se ocupan en recorrer todos los pueblos del reino, y que al frente de este gran movimiento encontrareis un hombre que sabrá morir defendiendo vuestra independencia y vuestra religion.»

Los moros cada vez más entusiasmados, y no pudiendo contenerse, gritaron:

«¡Viva Carbau! ¡viva Carbau!»

El desconocido se estremeció sobre el caballo, y luego sonriéndose preguntó:

«¿Algún de vosotros le ha visto ya?»

—Yo no.

—Ni yo.

—Tampoco yo.

—¿Luego ninguno le ha visto? preguntó el desconocido.

—He oído, dijo uno, que se ha propuesto presentarse á nosotros en la primera batalla.

—Dicen que es muy jóven.

—Y sin embargo, cuentan que ha servido ya á Soliman, y que ha sido uno de sus más valientes capitanes.

—No de otro modo se concibe el apoyo que le prestan los reyes de Fez y de Argel, dijo uno de los moros, y mirando



luego al desconocido, añadió: en cuanto á tí, no dudó que le conocerás, pues á juzgar por tu traje no eres de este país, y has venido sin duda como otros muchos á las órdenes de nuestro futuro rey á defender su causa.

—Así es, camaradas; habeis adivinado quien soy y cual es el objeto de mi venida á este encantado suelo. ¡Eal buen ánimo, y estad dispuestos para salir á campaña á la primera señal. ¡Viva la guerra!

Estó diciendo, el desconocido se acomodó en su caballo, y tocándole ligeramente con el talón en sus hijares, se separó del grupo, y desapareció por una de las numerosas sendas que por todas partes se encuentran en la huerta de Valencia.

«¡Vaya un jóven apuesto! dijo uno de los moros.

—Con hombres como este bien se pueden conquistar reinos.

—Mal hace en andar solo por esos campos.

—Peor hacemos nosotros, dijo uno de los moros, en andar por estos caminos reunidos.

—Es verdad: separémonos. Ya nos reuniremos en otra ocasión.

—¿Quién se viene al Grao?

—Yo, dijo uno.

—Y yo, añadió un tercero.

—Nosotros, dijeron los tres restantes, tomaremos por la izquierda para ver si hay nuevos alistados en la alquería de Beni-Ferri: ese diablo de Farax no nos deja descansar; bien es verdad que él no para un momento tampoco.»

En el número de los que se internaron por la huerta apartándose del camino se hallaban el jóven que tan resueltamente habia atacado al conde, y el que habia recibido el mandoble: el tercero era un hombre de formas atléticas y de recomendables circunstancias, á quien nuestro conocido Farax ocupaba con toda confianza y alternativamente en los negocios comerciales y en los trabajos revolucionarios.

Diez minutos despues los agentes de Farax arribaron á la alquería de Beni-Ferri. El dueño de ella habia tenido á bien despojarse del traje musulman para vestir el de los cristianos;

y habia hecho mas, habia recibido el agua del bautismo. El temor de ser maltratado le obligó á hacer ambas cosas; sin embargo, á pesar de las apariencias, era musulman de corazon como lo eran mas de cincuenta mil á quienes llamaban *moriscos* por haber abandonado su religion á las primeras escitaciones de los Reyes Católicos.

«¡Bien venidos! dijo Beni-Ferri cuando vió entrar á los agentes de Farax. ¿Qué os ha dicho nuestro futuro rey?

—El rey? ¿le conocemos acaso?

—Menos misterios; añadió el imperturbable morisco; os he visto desde mi *terrado* hablar con él.

—¿Luego ese jóven, dijeron todos, era Zelim-Almanzor?

—El mismo.

—En efecto, él era, dijo el agente de Farax; yo bien le he conocido, añadió; pero mi amo me ha dicho siempre que en boca cerrada no entran moscas.

—¿Y él se ha cerrado la boca?

—No, respondió el agente de Farax; él se ha abierto la boca para decirme que él es el futuro rey de España.

—¿Y él se ha abierto la boca para decirme que él es el futuro rey de España?

—No, respondió el agente de Farax; él se ha abierto la boca para decirme que él es el futuro rey de España.

—¿Y él se ha abierto la boca para decirme que él es el futuro rey de España?

—No, respondió el agente de Farax; él se ha abierto la boca para decirme que él es el futuro rey de España.

—¿Y él se ha abierto la boca para decirme que él es el futuro rey de España?

## CAPITULO VIII.

De cómo triunfó el amor en el corazón de Isabel.

Motivos tenía la pobre Isabel para creerse la muger-mas desgraciada del mundo; por eso con frecuencia dejaba caer negligentemente la cabeza sobre su pecho, como el viajero que contempla rendido de cansancio el resto del camino que debe cruzar. El viento de la desgracia habia agitado su cuna, y desde muy niña habia oido referir los terribles contratiempos que habian sufrido algunos individuos de su familia. Su madre, cuya pérdida lloraba la noble huérfana todos los dias, habia bajado á la tumba mucho antes de que ella hubiera podido apreciar el valor de las caricias maternas. Su padre habia muerto en Italia, y el carácter de su hermano, aunque bueno en el fondo, no era el mas á propósito para hacerle agradable la existencia. Hé aquí por que sus años juveniles se habian deslizado indiferentes, y hé aquí por que algunas veces, cuando se hallaba sola, recogida en su aposento, sentia que las lágrimas se escapaban de sus ojos, como si llorase por algun bien perdido, por alguna ilusion desvanecida.

¡Pobre jóven! aquellas lágrimas revelaban el vacío del corazón, la aridez de la vida, la falta de esas sensaciones dulces y tranquilas que ofrece el hogar doméstico cuando vemos un padre que nos mira sonriendo, y una madre dispuesta á dar gusto á nuestros caprichos.

Isabel habia vivido hasta entonces en el ostracismo doméstico, que es el peor de los ostracismos. La indiferencia de su hermano, mejor dicho, su funesta melancolía que no le daba un momento de tregua para dejar asomar la sonrisa á sus labios, ni permitia ver en su semblante el mas ligero reflejo de satisfaccion, habia hecho que la pobre jóven se replegase so-

bre sí misma, acostumbrándose á presentarse siempre con la fria reserva que todos notaban en ella, y en la cual creian encontrar aquellos que se tomaban la molestia de meditar sobre la conducta de los hermanos Meneses el carácter distintivo de la familia.

«Hermano, hermano mio! solia preguntarle Isabel al conde cuando le veia sumido en aquella atonía moral que tanto miedo causaba á la pobre muchacha; ¿qué motivos tienes para estar siempre de esta manera? ¿no dicen todos, no dices tú mismo que hiciste bien en revelarte contra el Emperador cuando viste en su corte la preponderancia de los estranjeros? ¿no dicen todos que fué un honor estar encerrado en las cárceles de la Coruña por el motivo que lo estuviste tú?»

La contestacion era casi siempre la misma: «Sí, sí, eso dicen; pero entre tanto las banderas españolas ondean triunfantes en Italia y en Francia, y yo no estoy á la sombra de ellas.»

Si alguna vez su hermana intentaba replicar insistiendo en querer consolarle, se levantaba de su asiento y la dejaba sola en la habitacion adonde habia ido á buscarle en alas de su amor fraternal. El corazon del conde se hallaba profundamente abatido, y su razon se habia extraviado no poco al pensar en los dias de gloria que habia perdido, y al ver que ya la fortuna no volveria á soplar á su alrededor.

El campo, el aspecto agradable de la naturaleza, siempre bella, ora cuando reverdece con las auras de abril, ó cuando se ve despojada de sus ricos atavíos por los vientos del otoño; el perfume de las flores, la brisa de la mañana y el ligero ruido del mar, creyó el conde en su fastidio que le devolverian la perdida alegría, y que tan variados y risueños objetos le tornarian á su primitivo estado. Esta idea le habia obligado á ir á la alquería que habitaba. Bello estaba el paisaje que rodeaba su vivienda: á todas horas el campo ostentaba su verdura; las flores exhalaban sus perfumes, el mar dejaba oír sus melancólicos gemidos; y á su pesar el conde continuaba triste y taciturno y sombrío. ¡Ah! la naturaleza con todos sus encantos no podia

bórrar las arrugas que las sombras del calabozo de la Coruña habian marcado en la noble frente del conde de Montblanc. Pocas veces abandonaba sin embargo el campo, en donde al menos se hallaba solo, que es el constante deseo de todo ser desgraciado.

Isabel, que despues de la escena que tuvo lugar en la galería, habia pasado el resto de la noche devorada por los mas sombríos pensamientos, abandonó su lecho al dia siguiente mas temprano que de ordinario, y vió desde la ventana de su aposento que uno de los caballos de su hermano se hallaba enjaezado al pié de ella. Quiso saber adónde se dirigia el conde á aquella hora, y llamó á su dueña.

Nadie contestó. Impaciente la jóven acabó de vestirse sola, y salió de su aposento: en el inmediato encontró á doña Antonia, que habia oido su voz, y que acudia á ella con toda la ligereza que le permitian sus carnes.

—¿Cómo tan temprano, señorita? preguntó doña Antonia. —¿Qué hora es? —Son las nueve.

—¿Y mi hermano? —En este momento habrá montado á caballo.

—¿Se vá? preguntó Isabel alarmada. —Sí, á Valencia, de donde ha venido un criado de vuestro pariente el conde de Masanasa á darle nó-sé que recado de su señor.

—¿Dios! ¡ni qué habrá alguna novedad en casa del conde! mi hermano no ha dejado dicho nada para mí? —Sí, me ha advertido que cuando os levantáseis os dijese que iba á la ciudad, y que volvería á comer con vos.

Esta contestacion tranquilizó á Isabel, y luego que la hubo oido se volvió á su aposento, en donde permaneció toda la mañana. Doña Antonia comprendió que nó era una ocasion oportuna de volver á la carga, para lograr de la jóven que fuese

en la noche de aquel día á la verja del jardín; sin embargo, su aire de tranquilidad revelaba que confiaba mucho en que el amor triunfaria en el corazón de Isabel, y que la entrevista se verificaria como ella habia prometido. La dueña sabia el gran valor de la oportunidad, en asuntos en que anda mezclado el corazón, y no hubiera sido digno de su talento el que se hubiera precipitado como muger inesperta. La seducción seria una ráfaga pasajera, de cuyo funesto influjo se librarian muchas jóvenes si no fuese acompañada de esa calma fria que olvida la derrota de hoy para complacerse en el triunfo de mañana. El semblante de la dueña no reveló el mas ligero disgusto, ni nada que pudiera hacer ver á la noble huérfana que habia formado empeño de que acudiera á la cita consabida; lejos de esto, ningun día se habia mostrado tan obsequiosa como aquel; hablóla de cosas indiferentes, de asuntos domésticos, y pasó tambien un buen rato refiriéndola todos los trajes que mas la habian gustado de cuantos habia visto en su guardaro-  
ropa.

Al oirla hablar así, llegó la jóven á dudar si era aquella la misma muger que en la noche anterior habia estado á su lado en la galería; y en su inocente modo de ver las cosas llegó á creer, lo cual la entristeció, que doña Antonia se habia olvidado del jóven musulman, cuya imagen vivia fija en su memoria.

Poco despues de las doce, en ocasión en que Isabel se hallaba sola, pues acababa de abandonar el aposento doña Antonia, vió que su hermano se acercaba hácia la alquería, y que el caballo venia al paso. Cuando estuvo mas cerca, y cuando mereció á la corta distancia le fué fácil distinguir claramente, notó que el jubon del terciopelo de su hermano estaba sucio en muchas partes de polvo y barro.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de la jóven al ver el estado en que venia el conde, y su imaginacion, siempre dispuesta á verlo todo con los colores mas sombríos, creyó entrever una desgracia!

—Rápida, como la idea que acababa de herir su cerebro, se apartó de la ventana y voló á recibir á su hermano. El conde subia la escalera cuando Isabel habia bajado algunos escalones. —¿Adónde vas? preguntó el conde en cuyo semblante se veia impreso el mal humor que le habia producido el encuentro que acababa de tener con los moros en el camino de Aljires. —¿Dime, dime! ¿qué te ha sucedido? le preguntó su hermana con ese tono afectuoso con que se expresa el cariño. —Nada, contestó el conde dejándose caer sobre un sillón, el primero que halló á mano en su aposento, adónde le habia seguido su hermana. —Tú me ocultas alguna desgracia. —No ha sido nada, volvió á decir el conde; mas conociendo que esto no satisfacía la ansiedad de Isabel, añadió: ese maldito caballo se ha espantado, y ha dado conmigo en el suelo.

—¿Y te has hecho daño?... ¿Estás pálido!... ¡Que llamen un médico!

—No, no: no hay necesidad. Me siento bueno.

—Si es así, no quiero insistir; pero te ruego que no vuelvas á montar á caballo.

—¡Bien, bien! dijo el conde, que deseaba verse solo.

—¿Has estado en Valencia, eh? volvió á preguntar Isabel, que parecia tener una estraña satisfaccion en estar al lado de su hermano, en hablarle, en interesarse por él, como si así hubiera querido guarecerse bajo las alas protectoras del amor fraternal contra aquel otro sentimiento que hacia circular fuego por sus veñas, y que, cual la nube que se forma en el horizonte, parecia amenazarle con inexplicables desgracias.

—Sí, he estado en Valencia, contestó el conde.

—Doña Antonia me ha dicho que muy temprano habeis recibido un recado de nuestro pariente Cucaló.

—Me ha mandado llamar como individuo de la nobleza valenciana para ir á visitar al obispo de Guadix; y nó sé qué

otros dos frailes que vienen, según he comprendido, á obligar á los moros más rebeldes que aun habitan en nuestro reino á que opten entre el destierro ó el bautismo.

—¡Dios mio! exclamó Isabel estremeciéndose.

—Con este motivo se dispone para mañana gran función en la catedral, añadió el conde. Predicará uno de esos frailes que acompañan al obispo, y suponen que se leerá luego la cédula de que es portador el obispo mismo, y en la cual se trata muy corto á todos los que no son cristianos. ¿Pero qué tienes, Isabel? preguntó de repente el conde al ver que su hermana palidecía, y que se apoyaba en un brazo del sillón como si temiera caer.

—Nada, dijo la jóven que pareció volver en sí; ha sido un baido..... ¡Me he asustado tanto cuando te he visto venir desde mi cuarto!.... Tengo la desgracia de creer siempre lo más malo, y habia creído que algo grave te habia acontecido. Y aunque afortunadamente no ha sido, mi primera impresión, mi sobresalto me han hecho sin duda daño, y por eso ahora he perdido la vista un momento; pero ya todo ha pasado, y me siento buena. Tú querrás estar solo, ¿no es verdad? Yo tambien me voy á mi aposento á hacer algo hasta que nos llamen á comer.

—No te olvides que mañana temprano hemos de estar en Valencia, dijo el conde al ver marchar á su hermana.

—¡Ah! sí, sí, murmuró Isabel débilmente y con cierta turbación, que admiró no poco al conde.

Quando la jóven entró en su aposento halló en él á doña Antonia, que con la ayuda de un magnífico par de anteojos, caballeros sobre sus romas narices, leía un gran libro abierto sobre sus manos que le servían de atril.

Apenas vió á su pupila cerró el libro y fué á recibirla á la puerta.

«¡Doña Antonia! dijo la jóven al ver á su dueña.

—¿Qué sucede? Venís asustada. ¡Estais pálida como la muerte!

—¡Oh! soy muy desgraciada, añadió Isabel.



—Desgraciada, ¿y por qué?

—¿No sabéis lo que sucede?

La dueña creyó llegado el momento de aliviar á sus narices del peso de los anteojos, y lo hizo así, creyendo que ya no habria tiempo de continuar en la lectura del *Año Cristiano*.

«No adivino qué pueda ocurrir que los haya causado esa conmocion que noto en vos. ¿quién lo robó?»

—¿Sabéis que mi hermano viene de València?

—Lo sé.

—¿Sabéis á qué ha ido?

—No.

—Pues bien, yo os lo diré; porque él me lo ha dicho todo. Mi hermano no me oculta ya nada.

—Explicaos.

—El obispo de Guadix ha llegado á València.

—¿Sí?

—Viene acompañado de dos frailes.

—Nada tiene eso de particular; porque al fin mas vale que sean frailes los que le acompañen, que no otra clase de gente.

dijo la dueña con imperturbable calma.

—El obispo trae consigo una cédula del emperador.

—¿Y eso os alarma? No os comprendo.

—Es que esa cédula vá á ser la señal de nuevas persecuciones para los que no son cristianos.

—Ah! exclamó doña Antonia, cuyo rostro brilló de alegría.

—Y la persecucion será ahora mas horrible, porque es iniciada por el emperador.

—¡Yal! dijo la dueña aparentando indiferencia.

—Desde mañana no habrá seguro ningun musulman.

—Así lo creo.

—Los buscarán por todas partes.

—Indudablemente.

—Y el que no tenga la suerte de ser advertido oportunamente del mal que le amenaza.....

—Caerá mas fácilmente, añadió la dueña.

—Creo que estamos en el caso de atender á la salvacion de alguno.

—¿De qué modo?

—Advirtiéndole el peligro que le amenaza.

—¿Y quién es él? preguntó doña Antonia que se esforzaba en disfrazar la alegría que rebosaba en su corazon bajo la máscara de la indiferencia.

—¿Quién es él?... ¿vos doña Antonia, me preguntais que quién es él? ¿Vos, que con tan brillantes colores me le habeis pintado, aparentáis desconocerle ahora? ¿Vos, que con tanto empeño solicitábais anoche una entrevista para él, cuando esta entrevista no podía conducirnos á otra cosa que á oír algunas palabras de afecto, y os mostrais indiferente cuando se trata de su salvacion?

Al decir esto, los ojos de la jóven brillaron de indignacion. Su amor, mal encubierto hasta entonces, se lanzaba al aire libre rompiendo sus ligaduras, y sin cuidarse de lo que hasta entonces la habia acobardado, la pobre huérfana se presentaba ante los ojos hipócritas de su dueña, como aquel combatiente que conociendo la destreza de su enemigo, pero que no queriendo aparecer cobarde arroja la espada y ofreciendo su noble pecho, le dice: mata y no te diviertas conmigo.

Doña Antonia no sé alarmó al oír aquel lenguaje inusitado; lejos de eso exclamó con calma:

«¿Con que habeis variado de opinion?»

—Las circunstancias me la hacen variar.

—¿Volveis á vuestro terreno, dijo la dueña sonriendo?»

Entonces Isabel se ruborizó en medio de su cónmocion:

«¡Doña Antonia!»

La dueña se sonrió como el marinero cuyo ojo perspicaz descubre el anhelado puerto, y mas compasiva que antes exclamó:

«Vos misma le direis esta noche el peligro que le amenaza»;

«¿Y qué peligro es ese?»

«El peligro de morir».



puertas entreabiertas para no producir el más leve ruido cuando se retirasen.

La noche parecía querer secundar los proyectos de la huérfana. La luna había desaparecido bajo un montón de espesas nubes, y el jardín parecía una tumba; tal era la oscuridad que en él reinaba.

—¿Qué noche! murmuró Isabel débilmente.

—Profunda es la oscuridad, dijo la dueña; pero no importa; para estos casos es preferible una noche como la presente, á esas otras en que la luna ilumina cual si fuera el sol, y en que á su claridad cualquiera puede ver los objetos á larga distancia.

—¿Habeis oído un ruido? exclamó la joven, apoyándose en el brazo de su dueña.

—Sí... contestó doña Antonia no poco alarmada.

—Me ha parecido una llave que abría una puerta.

—Sí, añadió la dueña que no las tenía todas; pero no ha sido en nuestra alquería: el ruido venía de más lejos; tal vez de la barraca del jardinero.

Isabel se tranquilizó á medias, y la dueña avanzó con sus recelos hasta la verja.

Al llegar á ella vieron que el musulmán no había acudido aun.

—Esperadme un momento, dijo la dueña, en cuyos oídos sonaba aun el ruido fatal de la llave.

—¿Adónde vais?

—A convencerme de que el ruido ha sido producido en casa del jardinero.

Doña Antonia, cuyo corazón latía violentamente, desapareció por un andén.

Isabel quedó sola, y á pesar de que sentía mucho estar así, no tuvo valor para decirle á la dueña que no la abandonase.

El viento fresco de la noche, las sombras que la rodeaban, el ruido que no había podido explicarse satisfactoriamente, todo esto había sumido á la huérfana en un profundo estupor; en medio del cual no se atrevía á respirar ni á moverse; era induda-

ble que el estado de la naturaleza y el de su alma presagiaban algo funesto. Isabel sin embargo permanecía pegada á la verja en el sitio en donde la dueña le habia dicho que veria al musulmán. Ciertamente era que el miedo habia invadido su corazón, y sin embargo no huía de aquel sitio: tenia miedo de la oscuridad, y no iba en busca de la luz: el jardín le daba pavor con sus sombras funestas y no huía de él. Esto significaba algo, significaba mucho; era prueba evidente de que Isabel sentia dentro de sí algo que habia venido á transformar sus ideas, sus pensamientos; sentia que el miedo era terrible, implacable, pero notaba al mismo tiempo que una fuerza superior la retenia allí como una esclava sujeta á una pared por una cadena. Era que su alma de niña, que hasta entonces habia vagado en el ancho piélago de la indiferencia, se hallaba ya dispuesta como la de una muger á luchar. Hay una época en la vida del corazón en que éste revela con sus fuertes latidos que tiene necesidad de fuertes sensaciones; por eso el lejano ruido que habian oido ella y su dueña, aunque bien sospechoso, no le habia obligado á abandonar el jardín, como lo hubiera hecho en otra ocasión; por eso sus ojos buscaban en la oscuridad al hombre por quien á tanto se esponia.

De repente vió destacarse de entre las sombras un bulto que se acercaba á la verja por la parte interior del jardín: este bulto que al pronto le pareció una sombra pasajera, fué tomando mas claras y marcadas proporciones; y ya no dudó que era una figura humana, que aquella figura era la de un hombre, y que aquel hombre era su amante.

«Isabel! Isabel! dijo el musulmán, que no era otro él que se habia acercado á la verja.

—Mucho habeis tardado.

—Es tan oscura la noche, que apenas se puede andar por esos caminos; y luego, como no conozco muy bien el país, ando mucho mas que andaria otro cualquiera que conociese y supiese adonde conducen esas mil sendas que por todas partes confundian.

—Dios mío! exclamó la jóven; no volvais á cruzar nuestra

huerta á estas horas: no sólo el perderos debe causaros miedo, sino el tropezar con algun asesino que atente contra vuestra vida.

—¿Qué me importan todos esos peligros, si luego tengo la dicha de veros? Mas grandes sacrificios me hallo dispuesto á hacer por vos, noble cristiana.

—Yo tambien he creido daros una prueba de interés haciéndoos venir aquí esta noche.

—¡Interés! exclamó el musulman; no comprendo el significado de esa palabra.

—Os he llamado para deciros el grave mal que amenaza á los de vuestra religion.

—Lo sé.

—¿Sabeis que ha llegado el obispo de Guadix, á predicaros para que abandoneis vuestra religion?

—Lo sé, y sé tambien que les portador de la cédula que contra los moros y moriscos de este reino, ha expedido el emperador.

—¿Y qué pensais hacer?

—Dificil me es contestar á esa pregunta; antes desearia saber qué se puede prometer mi amor.

—Si fuéreis cristiano!

—Nací musulman.

—Muchos nacieron como vos, y son ahora cristianos; contesten si no los moros granadinos, y muchos otros de Lorca y Murcia.

—Esas numerosas conversiones no me obligarán á que yo me convierta.

—Y si yo os lo rogase en nombre del amor que me habeis inspirado.

—Despedazariais mi alma.

—¿Pero al fin?...

—Nunca, dijo el musulman con tono resuelto y firme.

En aquel momento se acercó corriendo doña Antonia; la cual tartamudeó:

«El ruido... el ruido era en la alqueria!... ¡vuestro her-

mano!... ¡huyamos!... vos, huid tambien!... Mañana os lo diré todo.

—Pero esplicaos: si hay algun peligro, decídmelo, dijo el musulman sintiendo no poder estar dentro del jardin.

—¡Huid, huid! es mi hermano.

El musulman comprendió que debia marcharse para no comprometer á la noble huérfana; y no bien acababa de hacerlo, cuando se vió aparecer en el anden al conde, al cual se acercó Isabel.

«¡Hermano mio! ¡hermano mio! gritó la jóven echándose á los pies del conde.

—¿Con que no todos estamos tristes aqui?

—¡Perdon! murmuró la jóven.

En aquel momento se oyó un tiro que debió dispararse muy cerca del jardin.

«¡Oh! gritó Isabel cayendo desmayada; ¡le han asesinado!»

La dueña, que temblaba como un criminal delante del juez que debe sentenciarle, se apresuró á levantar á su señora; y mientras esto hacia, un criado del conde, llamado David, se acercó á él con un arcabuz en la mano.

«¡Bárbaro! le dijo el conde, ¿qué has hecho?

—No temais por el alma de ese mahometano: se ha salvado. Despues de haber disparado mi arcabuz contra él, le he visto andar muy derecho.

—¿Estás seguro que era un miro?

—He visto su turbanté y su alquicel: vendria á robar las flores del jardin de doña Isabel para venderlas mañana en el mercado de Valencia.

—Entonces has hecho bien en dispararle, dijo el conde, no poco contento de ver como esplicaba el suceso el buen criado.

Algunos minutos despues, doña Antonia le decia á su señora caminando hácia la alquería:

«Estad tranquila: David ha creído que era un ladrón que venia á robar las flores de vuestro jardin, y le ha disparado un tiro; pero las balas no han tocado su cuerpo.

—¡Gracias, Dios mio! murmuró la pobre huérfana.

**CAPITULO X.**

Mientras tenía lugar la escena que acabamos de referir en el anterior capítulo, Farax se paséba triste y cabizbajo en su alquería, y de vez en cuando se escapaban de sus labios palabras inconexas, señal evidente de que su alma estaba profundamente preocupada. La puerta de la alquería estaba entréabierta, la chimenea apagada, y la llama del veloncillo que ardía en una mesita de pino se veía de continuo suavemente agitada por la brisa de la noche que se deslizaba por la puerta.

«No cabe duda, decía Farax parándose á veces junto á la mesita donde ardía el veloncillo, y apoyando su mano sobre ella en actitud meditabunda, y esa cristiana le ha enamorado! qué desgracia! enamorarse cuando va á comenzar la guerra.»

La frente del morisco se oscurecía al decir esto, como si allá en su interior adivinase hondas desgracias para su gente.

Al cabo de algunos minutos que Farax permanecía en aquella actitud, se oyeron á lo lejos las pisadas de un caballo.

El morisco se estremeció ligeramente, como hombre que teme de todo; mas luego se tranquilizó exclamando como quien se contestá á sí mismo: «Si; será él! ¡Permita Alá que tampoco haya querido recibirle ésta noche!»

Al decir esto, Farax, que se habia acercado á la puerta de la alquería, y que se habia levantado sobre las puntas de sus pies para ver á mas larga distancia, descubrió, á pesar de la oscuridad, el caballo que venia en direccíon á la alquería.

«¡Dios mio! gritó Farax al ver que el caballo venía sin el ginete, ¡oh! ¡le habrán asesinado!»

El grito horrible que lanzó el morisco, y el relincho del ca-